

UN DESTINO MUCHO MÁS DULCE

Guerra en las sombras



ROGER TURENKO

UN DESTINO MUCHO MÁS DULCE

Título

Guerra En La Sombra

Subtitulo

Roger Turenko

Al hablar de personajes públicos conocidos y otros asuntos, las opiniones subjetivas de los personajes pueden no representar los puntos de vista o conclusiones reales del autor o del editor. Aunque los nombres de ciudades, lugares y algunos acontecimientos de fondo pueden ser reales, todos los personajes, nombres y acontecimientos son ficticios. Excepto en el caso de personajes públicos conocidos a los que se hace referencia específica por su nombre, cualquier similitud con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia y no es intencionada por parte del autor.

Este documento puede contener enlaces de afiliados. Si hace clic en un enlace de afiliado, el proveedor nos pagará una pequeña comisión. Sin embargo, el precio que le cobra el proveedor no variará en ningún caso.

Copyright © 2024 por Planetary Book Company, Las Vegas, NV

USTED ESTÁ AUTORIZADO A CREAR UN NÚMERO ILIMITADO DE COPIAS Y DISTRIBUIR ESTA EDICIÓN DE PREVISUALIZACIÓN A SU FAMILIA, AMIGOS Y CUALQUIER OTRA PERSONA QUE DESEE. TAMBIÉN ESTÁ AUTORIZADO A PUBLICARLA EN LAS REDES SOCIALES Y EN CUALQUIER OTRO LUGAR DE INTERNET. SIN EMBARGO, DEBE PUBLICARLA EN LA FORMA EN QUE SE ENCUENTRA ACTUALMENTE. NO PUEDE MODIFICAR LAS PALABRAS, IMÁGENES O AUDIO (SI LO HUBIERA) DE NINGÚN MODO.

Para obtener información adicional sobre este libro, incluida la información sobre licencias y adaptaciones, póngase en contacto con: info@planetarybooks.com

Capítulo 1: El ataque de los drones

Cuando un hombre es asesinado,
Las palabras no pueden resucitar a los muertos.
Pero, por el bien de la vida,
¿Debemos inclinarnos y obedecer?
¿Los dictados de un tirano?
La muerte es un destino mucho más dulce que la tiranía.
Fuente: *Oresteia de Esquilo (458 a.C.), Agamenón*.

Lo primero que no te dicen sobre la guerra es lo mal que huele. La cordita, el combustible diésel y el sudor del miedo crean una mezcla que te quema las fosas nasales y se te queda grabada en la memoria. ¿Lo segundo? Lo rápido que aprendes a amar ese hedor, porque significa que sigues vivo para olerlo.

Olería ese hedor ese día, pero aún no. Antes de que comenzara, solo había una espesa niebla que envolvía la costa sur de Ucrania, haciendo que todo estuviera húmedo y resbaladizo. Una lluvia implacable caía del cielo sin señales de detenerse. Me dicen que es típico de esta región en primavera. Era bien entrada la noche, horas antes del amanecer, y la oscuridad prevalecía. Incluso la luna estaba oscurecida por nubes sombrías. Durante un rato, hubo un silencio espeluznante.

Entonces, el chirriante sonido de las sirenas antiaéreas rasgó la atmósfera.

«¡A cubierto!», gritó un soldado cercano.

Mientras corría hacia el búnker, con la memoria muscular de veinte años de servicio militar tomando el control, un pensamiento atravesó el caos: ¿Qué diablos estoy haciendo aquí? Hace catorce meses, yo era el coronel John Kovalenko, retirado de las Fuerzas Especiales de los Estados Unidos, viviendo tranquilamente en los suburbios de Virginia. Cuando en marzo de 2022 me llegó la llamada del presidente Zelensky para reclutar voluntarios, tenía pensado acudir como instructor, ayudar a preparar a las fuerzas ucranianas con mi experiencia y luego volver a casa para disfrutar de mi cómoda jubilación.

Mis abuelos ucranianos se habrían sentido orgullosos. Habían huido de esta tierra a principios de siglo, pero me habían educado para recordar de dónde venía, para comprender que la sangre de esta tierra corre por mis venas.

Pero entrenar a reclutas detrás de las líneas no había sido suficiente. No después de lo que había visto en ese hospital de campaña a las afueras de Járkov. Una joven médica, de apenas diecinueve años, moribunda por heridas de metralla mientras seguía tratando de atender a otros.

«Diles que existimos», me susurró ella en un inglés con acento cuando supo que era estadounidense, «diles que luchamos»

Fue entonces cuando dejé de ser entrenador y empecé a ser combatiente.

Corrí con un contingente de soldados ucranianos destinados al servicio nocturno hacia la entrada de uno de los muchos búnkeres subterráneos fortificados, meticulosamente contruidos para momentos como este. La mayoría de nosotros buscamos refugio. Pero un pequeño grupo de valientes especialistas en guerra electrónica se aventuró, exponiéndose a sabiendas al peligro de la metralla de la lluvia de bombas y misiles que se avecinaba. Lo hicieron para defender la base.

Estos especialistas eran siempre nuestra segunda línea de defensa, siendo la primera la automatizada. No iban armados con rifles normales, bazucas ni ningún otro equipo de lanzamiento de proyectiles, sino con artilugios futuristas parecidos a pistolas electrónicas que se asemejaban mucho a los accesorios de una película de ciencia ficción de serie B. Esos rifles no llevaban balas, pero eran unas de las armas antidrones más potentes que teníamos. Enviaban señales electromagnéticas capaces de interferir, inmovilizar o tomar el control real de los drones aéreos no tripulados.

El aire ya estaba lleno de las explosiones estremecedoras de los drones derribados por nuestra primera línea de defensa. El ruido era ensordecedor, lo que dificultaba pensar, y mucho menos hablar. Pero en medio del caos, tenía una cosa clara: esto era la guerra, y en la guerra, la supervivencia lo es todo.

Había un joven oficial ucraniano de pie justo a la entrada de mi búnker, gritando en ucraniano por su radio. Intentaba desesperadamente superar el ruido ensordecedor, ansioso pero decidido. Su voz se quebró por el esfuerzo.

«¡Escuadrón Alfa, mantengan sus posiciones!», gritó. «¡No dejen pasar a esos cabrones! Los helicópteros están en camino. Llegarán en un minuto o dos... Mientras tanto, ¡defiendan la base! ¡Derriben todos los malditos drones que logren pasar!».

En ese momento, al escuchar a ese chico tratando de mantener la defensa contra una fuerza abrumadora, comprendí por qué había pasado de ser

entrenador a combatiente en primera línea. No se trataba solo de mi herencia ucraniana o de honrar la memoria de mis abuelos, aunque eso también importaba. Ni siquiera se trataba de las palabras del médico moribundo, aunque me perseguían.

Se trataba de estos jóvenes, que deberían haber podido empezar sus vidas. En cambio, allí estaban, junto con hombres mayores e incluso algunas mujeres, aprendiendo a coordinar decisiones de vida o muerte, mientras los drones rusos intentaban convertirlos en carne picada. Después de Járkov, después de Bakhmut, después de ver de lo que eran capaces estas personas cuando se veían acorraladas, ¿cómo podía haberme quedado a salvo, detrás de las líneas, enseñando mantenimiento de armas?

Su radio crepitó con una voz que respondía.

«¡He dado a uno, he dado a uno!», gritó la voz en ucraniano. «¡Otro! ¡Dos impactos directos! ¡Pero son demasiados! ¡Nunca había visto tantos a la vez!».

«¡Buen trabajo!», dijo el oficial. «¡Sigan así! Utilicen los sistemas de rastreo. Están en línea. No se asusten. Tenemos que mantenernos concentrados, estar alerta. ¡Acábenlos!».

Otra voz se interpuso en voz alta: «¡Nos atacan! ¡A cubierto!».

Una explosión ensordecedora sacudió el suelo. Uno de los drones kamikaze rusos había impactado en la arena cerca de los soldados ucranianos que estaban ocupados disparando sus armas antidrones. A veces eso ocurría, incluso si el sistema de puntería del dron se había desactivado con éxito, si el especialista no podía hacer que el dron explotara en el aire.

«¡Wolfman!», gritó el oficial, preocupado, utilizando el nombre en clave del soldado. «¡Wolfman! ¡Háblame! ¡Háblame!».

No hubo respuesta, y el oficial parecía desesperado, olvidando por un momento que se suponía que solo debía usar el nombre en clave del hombre.

«¿Estás herido? ¿Estás bien? ¡Sergey! ...».

«¡Sergey!».

El desliz del teniente al pasar del nombre en clave al nombre real me golpeó como un golpe físico. En esa sola palabra, escuché a todos los líderes de escuadrón que había conocido, a todos los amigos que había perdido, todas las veces que la radio se quedaba en silencio cuando necesitabas desesperadamente que volviera a funcionar.

Una parte de mí, la parte racional y centrada en la supervivencia que me había mantenido con vida durante dos décadas de operaciones en las Fuerzas Especiales, me susurraba que ya había hecho suficiente. Había ayudado a entrenar a miles de soldados ucranianos, había luchado en Járkov cuando hicimos retroceder a los rusos, había mantenido la línea en Bakhmut cuando todos decían que era inútil. Podía volver a mis tareas de entrenamiento, o incluso regresar a la seguridad total dentro de Estados Unidos, con mi honor intacto incluso después de la súplica de ese médico.

Pero entonces estaba esa otra parte de mí, la parte que llevaba los genes de mis abuelos. Los mismos genes que daban energía a estas personas que defendían valientemente su país. Y las historias de mis abuelos, que contaban cómo habían huido de esta tierra hace un siglo ante las armas de los comunistas rusos. La otra parte sabía que no era así. El mal no reconoce fronteras. La tiranía no comprueba tu árbol genealógico antes de derribar tu puerta.

No era un soldado a mi mando. Ni siquiera conocía a ese joven. Pero me sentí aliviado al oír la voz del mismo soldado volver a la radio y decir, en ucraniano:

«Estoy bien, teniente, estoy bien», dijo la voz, «Ha estado cerca. Estoy preparándome de nuevo. Aún no he terminado. ¡Hay muchos más bastardos a los que derrotar! ¡No se preocupe!».

Los hombres y mujeres de las fuerzas armadas ucranianas son en su mayoría voluntarios, pero muchos también han sido reclutados. Proviene de orígenes, regiones y profesiones muy diferentes. Algunos son muy jóvenes. Muchos son mayores que cualquiera que fuera aceptado en el ejército estadounidense. Sin embargo, todos comparten un vínculo común. Aman a su país tanto como yo amo al mío. Quieren liberarlo de la tiranía rusa. Ucrania no es en absoluto una democracia perfecta. Todavía lucha contra el legado de la corrupción y la mala gestión soviéticas.

Pero todos los soldados de las fuerzas armadas ucranianas, y todos los civiles, saben cómo quieren que cambie. Quieren que Ucrania se una a la comunidad de democracias occidentales. Quieren que prospere. Quieren una vida mejor para sus hijos y para los hijos de sus hijos. No quieren tener nada que ver con el antiguo universo soviético ni con el nuevo fascismo ruso que ha adoptado su vecino.

Los rusos podían bombardear el lugar, aterrorizarlo, matar gente y destruir cosas. Son muy buenos en eso. Pero nunca podrían quebrantar el espíritu de los defensores. Tampoco podrían penetrar en esta base en particular con nada de

lo que pudieran desplegar, salvo armas nucleares. La base estaba bien fortificada con cuevas revestidas de hormigón armado, que albergaban todo el equipo y los suministros críticos. Eso hacía prácticamente imposible destruir la flota de drones marinos ucranianos, que en su mayor parte estaba escondida a salvo en lo profundo de las cavernas reforzadas.

Esos pequeños «Sea Babies», «Kozak mamais», Magura V5 y otras embarcaciones no tripuladas ucranianas son pequeños pero poderosos kamikazes. Pueden atacar en cualquier lugar del mar Negro. Son la pesadilla de la Armada rusa, acechando en aguas oscuras, esperando el momento adecuado para atacar. Cuando atacan, infligen graves daños a los barcos tanto en puerto como en el mar. Los rusos intentaron muchas veces destruir esta base. Cada vez fracasaron. Lo intentaron de nuevo con todo lo que tenían. Pero los ucranianos estaban preparados para ellos. Siempre lo estaban.

Se oyó un ruido sordo, un zumbido cada vez más fuerte, casi como el de una gran cantidad de ciclomotores convergiendo en un mismo destino. Era el eco de la aproximación de los drones Shahed supervivientes. Estos habían logrado atravesar nuestra primera línea de defensa, el armamento automatizado, así como nuestra segunda línea, los cañones de radiación electromagnética. Así que ahora el cielo nocturno estalló en otro espectáculo hipnótico, mientras los cañones antiaéreos tripulados lanzaban una lluvia de balas trazadoras, iluminando la oscuridad y convirtiéndola en un lienzo de luces parpadeantes. La implacable danza de la destrucción continuó, puntuada por estruendosas explosiones, mientras un dron tras otro encontraba su fin.

Nuestras defensas estaban venciendo lenta pero valientemente el ataque de los drones, pero se avecinaba una verdad más oscura. Los misiles de crucero y balísticos siempre eran una amenaza inminente en cada ataque de enjambres de drones. Los astutos estrategas rusos empleaban los drones baratos principalmente como distracción, con la esperanza de abrumar nuestras defensas antimisiles. Sabiendo que nuestras instalaciones críticas estaban construidas con hormigón armado, su objetivo final era hacer pasar misiles pesados a través de la red de defensa. Habían aprendido esta técnica de nosotros. Mientras tanto, un dron y un misil tras otro sucumbían a nuestras defensas cinéticas. Eran pulverizados en el aire. Reducidos a cenizas.

Entonces, de repente, la tierra pareció romperse bajo nuestros pies. El suelo tembló como si una antigua bestia hubiera despertado y estuviera saliendo a

rastras de debajo de la tierra. La tierra y las rocas caían en cascada desde el precipicio. Un pesado misil ruso había evadido todos nuestros sistemas de defensa. Había golpeado las tierras altas, destrozando la nueva sensación de invulnerabilidad que había surgido del funcionamiento mayoritariamente exitoso de nuestras defensas.

«Eso va a dejar un gran agujero», pensé.

El sabor del polvo de hormigón llenó mi boca, arenoso y amargo. Mis oídos zumbaban por la onda expansiva y, por un momento, volví a estar en Afganistán, viendo cómo un Humvee desaparecía en una nube de humo y escombros. La misma rabia impotente, la misma plegaria desesperada de que, de alguna manera imposible, todos hubieran salido con vida.

El sentido de la decencia de los rusos. Sin embargo, no pueden utilizar ojivas nucleares en Ucrania, aunque les gustaría hacerlo. La Tierra gira de oeste a este. En Europa, gracias a los vientos alisios y a la corriente del Golfo, se desplaza mucho más aire cálido desde el ecuador hacia el norte que aire frío hacia el sur. Esto es así incluso en invierno. Como resultado, el viento sopla generalmente desde el suroeste hacia el noreste.

Ucrania se encuentra al suroeste de las regiones más pobladas del oeste de Rusia. Si utilizaran armas nucleares, la lluvia radiactiva contaminaría gravemente las tierras de cultivo y las ciudades de Rusia, incluida Moscú. Por eso solo utilizan ojivas convencionales. Pero en mayo de 2023 se estaban quedando sin armas convencionales de precisión. Empezaron a utilizar todo lo que encontraban, incluidas reliquias de la Guerra Fría, como misiles balísticos de alcance intermedio rearmados con ojivas convencionales. El gran impacto en el acantilado tuvo que ser uno de esos. Un misil balístico de largo alcance armado con una pesada ojiva convencional.

Pero no hace falta que sea una bomba nuclear para perder la audición. La explosión de una gran ojiva convencional hace suficiente ruido como para despertar a un muerto. Y el sonido de los helicópteros ucranianos cortaba el aire y el ritmo de las explosiones más pequeñas se aceleraba. Los helicópteros disparaban cañones aire-aire contra los drones rusos. Los drones Shahed son susceptibles a esto, y los artilleros de los helicópteros saben hacer su trabajo. La intensidad del ataque ruso comenzó a disminuir rápidamente. La mayoría de los drones fueron destruidos. Entonces todo terminó. Solo un dron kamikaze y un misil habían logrado atravesar el cordón de seguridad.

El alcance total de los daños no se sabría hasta la mañana siguiente, pero dudaba que fueran graves. Habría un enorme cráter en el alto acantilado, pero la zona era terreno baldío de todos modos. En cuanto al dron que había impactado en la playa, el flujo y reflujo del agua traería arena nueva y nivelaría la antigua. El cráter se rellenaría en cuestión de días.

Este tipo de situaciones son angustiosas para quienes no están acostumbrados a la guerra. Pero la guerra no es nueva para mí. Y me gusta ver el lado positivo de cada situación. Antes del ataque apenas podía mantener los ojos abiertos, pero ahora la adrenalina me tenía en estado de alerta máxima. No necesitaba café. Y eso me vino muy bien en ese momento, porque estaba a punto de embarcarme en mi misión, así que me ahorró tener que recurrir a la cafeína.

Una nueva sirena sonó en los altavoces, dándonos la reconfortante señal de «fin de la alerta». Todos los que no participaban directamente en la defensa de la base comenzaron a salir de los búnkeres, incluido yo. Respiré hondo. El aire era fétido debido al hedor persistente de los explosivos quemados. La llovizna, que antes había sido inoportuna, había desaparecido. Ahora habría sido bienvenida, porque podría haber lavado parte del hedor. Seguiría apestando durante un tiempo.

Mientras la sirena de fin de alarma sonaba en toda la base, salí del búnker sintiendo algo que no había experimentado en años. Un propósito. Una razón para existir. El humo acre quemándome los pulmones, la adrenalina aún corriendo por mis venas, la certeza de que acababa de sobrevivir a otra noche en el infierno... Sin embargo, de alguna manera, todo me parecía bien. Sé que no tiene mucho sentido, pero de alguna manera lo tenía, al menos en ese momento, para mí, en aquel entonces.

La brisa fresca y húmeda seguía soplando, provocándome un cosquilleo en el cuero cabelludo bajo mi pelo muy corto. Miré a mi alrededor y al cielo. Aún no se veían las estrellas ni la luz de la luna a través de la espesa capa de nubes. Todo estaba muy oscuro de nuevo. Era difícil ver. Pero, en la medida en que podía ver algo, parecía que todo había vuelto a ser exactamente como antes del ataque ruso.

El puerto deportivo improvisado parecía intacto. Por lo que se podía ver en la oscuridad, todos los barcos pequeños permanecían bien amarrados a los muelles. Eso era lo que necesitaba, porque pronto uno de esos barcos me llevaría de viaje a Crimea.

Pero había algo que había cambiado durante esos minutos de caos. En algún lugar de ese infierno, entre los misiles que silbaban y las chisporroteantes conversaciones por radio, una nueva determinación creció dentro de mí. En menos de una hora subiría a bordo de una pequeña embarcación que me llevaría a una misión tan peligrosa que incluso los oficiales ucranianos curtidos en mil batallas negarían con la cabeza, pensarían que estaba loco y lo llamarían suicidio.

Una infiltración en lo más profundo de la Crimea ocupada por Rusia.

Pero, después de esta noche, después de Járkov, después de Bakhmut, después de ver lo que estas personas estaban dispuestas a sacrificar, y conociendo la historia de mi propia familia, supe con certeza por qué estaba aquí, en este país extranjero, luchando en esta guerra. Las últimas palabras del médico resonaban en mi mente:

«Diles que existimos. Diles que luchamos».

Claro, contaría su historia. Pero ahora también estaba listo para empezar a contar la mía. Y si tenía mucha suerte, o muy mala suerte, dependiendo de cómo se mire, tal vez incluso viviría para contarla.

Capítulo 2: El camino hacia Crimea

Al mar Negro no le importa tu misión. No le importa si luchas por la libertad o por venganza. No le asustan los fantasmas de un médico moribundo. Y no le importan lo más mínimo los conceptos del bien y del mal. Solo quiere matarte.

Doce horas en un submarino improvisado del tamaño de un ataúd te enseñarán eso. Me llamo John Kovalenko. No es mi nombre real, por supuesto. Lo he inventado con el fin de contar esta historia de forma confidencial. Porque, incluso tras retirarme tras veinte años de servicio en el ejército estadounidense, algunos secretos deben permanecer ocultos. Pero el nombre encaja con esta misión, porque es un nombre ucraniano que lleva el peso de la sangre de mis abuelos ucranianos y, tal vez, incluso la promesa que le hice al médico moribundo.

Sus palabras habían estado resonando en mi estrecha tumba metálica desde que dejé la costa ucraniana antes del amanecer. El casco del minisubmarino gemía de vez en cuando, tal vez con cada ola, aunque eso era imposible, dado que, al menos la mayor parte del tiempo, yo estaba bajo las olas. Pero me recordaba que este artilugio había sido improvisado a partir de piezas recuperadas y de la pura brillantez y determinación ucranianas. Los ingenieros que lo habían construido habían hecho todo lo posible, pero su mejor esfuerzo significaba que yo estaba pilotando lo que equivalía a un torpedo que, casualmente, tenía «delirios de grandeza».

El submarino estaba diseñado para alcanzar una velocidad máxima de treinta y dos nudos cuando estaba completamente sumergido. Eso es unos sesenta kilómetros por hora sobre el papel. O, en la terminología comprensible para los estadounidenses que no son capitanes de barco, unas 37 millas por hora. Eso es muy rápido para un submarino. Pero es el máximo teórico. La realidad, como siempre, resulta más obstinada que la teoría. Después de doce horas y dos cargas de superficie utilizando generadores diésel que hicieron que el estrecho espacio apestara un poco a gases de combustible, finalmente me acercaba al cabo Tarkhankut. Mis rodillas presionaban contra mi pecho. El agua salada se filtraba a través de las juntas del casco y yo respiraba aire reciclado que sabía a diésel y desesperación.

No era así como había imaginado pasar mi jubilación.

Hace tres días, estaba en Kyiv, de pie ante el escritorio del general Rutanov como un soldado que se presenta al servicio. El general era un líder militar poco común. Era abogado de formación y se había ganado sus galones gracias a su competencia, más que a sus contactos. Era bajito, como el presidente Zelensky y muchos otros hombres ucranianos de su generación. Ese era el legado de la desnutrición postsoviética. Pero, a pesar de su modesta estatura, inspiraba respeto por su fuerza de voluntad y su brillantez táctica.

Levantó la vista de sus mapas de guerra con unos ojos que no habían dormido lo suficiente desde que comenzó la invasión. Su sencilla camiseta verde, que prefería al uniforme propio de un general, era del mismo estilo informal que el presidente Zelensky. Pero, al contrario de lo que se podría pensar al oírlo, en realidad le hacía parecer más formidable, no menos.

«Necesito algo espectacular», dijo sin preámbulos, deslizando una carpeta gastada por su escritorio.

Dentro estaba mi propia propuesta de hacía más de un año. Era un plan para infiltrarse en la Crimea ocupada por Rusia y destruir una instalación crítica de almacenamiento de misiles. Lo había escrito durante los momentos de calma entre batallas, un ejercicio teórico que en ese momento parecía casi académico.

«Mi predecesor pensaba que estabas loco», continuó Rutanov, con un inglés impecable a pesar de no haber salido nunca de Ucrania hasta la mediana edad, «Lo tiró a la basura, por lo que sé... bueno, no literalmente, claro, o no estaríamos aquí, ¿verdad?».

«¿Y usted, señor?».

Su sonrisa había sido afilada como una navaja.

«Yo también creo que estás loco. Pero también creo que tienes razón».

Se había recostado en su silla, estudiándome con ojos calculadores.

1 «Necesitamos una victoria real y otra informativa. La contraofensiva... bueno, usted sabe tan bien como yo lo profundamente atrincherados que están los rusos. Los campos minados, las trincheras. Va a ser brutal y no podemos garantizar el éxito. Pero aún así tenemos que demostrar a nuestros aliados occidentales que estamos llevando la lucha al enemigo».

Asentí con la cabeza, comprendiendo inmediatamente. La guerra no se reduce al enfrentamiento de ejércitos en el campo de batalla. La moral, la propaganda y la percepción de vulnerabilidad son factores tan decisivos como cualquier tanque o misil. En un conflicto en el que la ayuda extranjera

desempeñaba un papel tan crucial, demostrar la capacidad de Ucrania para llevar a cabo ataques audaces y proactivos podía marcar la diferencia entre el apoyo continuado y el cansancio de la guerra.

«El objetivo», explicó Rutanov, «es cortar las líneas de suministro rusas y hacer que se sientan inseguros incluso en los territorios que han robado. Queremos que entren en pánico, que miren constantemente por encima del hombro. Mil pequeños cortes en lugar de un gran golpe. Eso salvará la vida de mis hombres y, con suerte, acabará por quebrantar la voluntad de luchar de los rusos».

Hizo una pausa, su mirada se desvió momentáneamente antes de volver a enfocarse con renovada intensidad.

«Es tu plan, por supuesto, pero tu acento americano podría ser un problema. Tenemos ucranianos que hablan ruso como nativos, pero ninguno con tus habilidades particulares. Buceo, explosivos, operaciones encubiertas, pilotaje de submarinos... Estás especialmente cualificado para este tipo de misión».

De vuelta en el pequeño submarino, mientras recordaba mi conversación con el general Rutanov, el peso de esa última cualificación me oprimía el pecho, justo en ese momento, mientras el sonar del submarino emitía suaves pitidos. El cabo Tarkhankut estaba justo delante. Pero no había nada que tuviera que hacer de inmediato, así que los recuerdos seguían aflorando en mi mente.

«No tengo personal suficiente para enviar un escuadrón», continuó el general, «y no creo que sirviera de nada aunque lo tuviera. Porque este es un trabajo para un hombre muy capaz con el apoyo de los partisanos locales. Los partisanos... son patriotas... pero no son soldados profesionales. Necesitarán tu liderazgo. Tendrás que enseñarles muchas cosas. Enséñales cómo colocar explosivos para obtener el máximo efecto y cómo utilizar el equipo que traigas. Ese tipo de cosas...».

No lo dudé.

«Estoy listo para partir, señor. Agradezco su confianza».

Estampó mis órdenes con el sello oficial que las hacía oficiales y luego me miró con algo parecido a una preocupación paternal.

«¿Tienes esposa? ¿Una novia estable?».

«No, señor».

«Claro que no», se rió entre dientes, «porque si la tuvieras, ella no te habría dejado venir aquí».

La sonrisa se desvaneció cuando volvió a sus mapas, con la mente ya centrada de nuevo en el enorme peso del mando.

«Que Dios le acompañe, coronel».

Ahora, suspendido en las turbias aguas de la costa de Crimea, comprendí por qué me había preguntado por esposas y novias. Esta no era el tipo de misión de la que se regresaba si el corazón estaba en otra parte. Pero mi corazón no estaba en otra parte. Estaba aquí y ahora, en esta guerra, con estas personas que me habían mostrado lo que era realmente el valor.

Surgí lo justo para extender el periscopio y escudriñar la costa a través de la lente tintada de verde. Los acantilados del cabo Tarkhankut se alzaban sobre el agua como las murallas de una antigua fortaleza, con sus caras marcadas por siglos de viento y olas. Los tártaros que originalmente habitaron esta tierra la llamaron «Tarkhankut», que literalmente se traduce como «La esquina del diablo». Al contemplar esas rocas irregulares a través del periscopio, comprendí su lógica.

Pero el paisaje inhóspito también significaba ocultación. Los acantilados imponentes, las cuevas misteriosas y las aguas traicioneras dificultaban la vigilancia casual. Las patrullas rusas no podían verlo todo desde allí arriba, y los bajos rocosos eran muy peligrosos incluso para la navegación de barcos modernos. Lo suficientemente peligrosos como para desalentar el tráfico marítimo. Era el lugar perfecto para una incursión encubierta. Pero, por supuesto, parte del riesgo que se corría al venir por allí era ser aplastado contra las rocas por la siguiente ola.

El motor eléctrico del submarino zumbaba mientras me acercaba a la costa. Según mi informe, los contactos partisanos se reunirían conmigo en la estrecha playa al caer la noche. Pero aún faltaban horas para que anoheciera y permanecer sumergido en ese espacio tan reducido se estaba volviendo insoportable. Todos los músculos de mi cuerpo pedían a gritos movimiento, espacio, aire que no supiera a aceite de máquina y aliento reciclado.

La decisión de salir antes de tiempo no fue táctica. Fue totalmente psicológica. Simplemente no podía soportarlo más. Necesitaba moverme, estirarme, sentir algo más que pequeñas paredes metálicas presionándome por todos lados. En las Fuerzas Especiales hay un viejo dicho:

«La comodidad es enemiga de la alerta».

Pero, francamente, apretujado en ese ataúd que era el submarino, la incomodidad era el enemigo de la cordura.

Ponerme el traje de neopreno fue todo un ejercicio de contorsionismo. El submarino estaba diseñado para transportar equipo. Es decir, una gran ojiva capaz de volar por los aires grandes buques de guerra rusos tripulados. No estaba diseñado para transportar personas ni para que vivieran en él. Cada movimiento era una lucha contra la física y la claustrofobia. Pero finalmente me puse el traje, revisé el equipo de buceo y aseguré mis bolsas impermeables con cuerdas de nailon.

La única salida del minisubmarino era a través de un tubo torpedero modificado. Ese era un detalle que me había parecido casi divertido durante la fase de planificación. Ahora, al meterme en el estrecho cilindro con mi equipo auestas, sentía como si me estuviera metiendo en mi propio cañón funerario. El espacio era tan reducido que apenas podía respirar, y mucho menos moverme.

Activé el mecanismo interno. La escotilla se cerró detrás de mí con un golpe mecánico que resonó en mis huesos. Entonces, la puerta exterior se abrió y, de repente, fui expulsado al frío abrazo del mar Negro como una bala de una pistola.

El impacto del agua fría fue inmediato, incluso a través de la protección de neopreno del traje de buceo. Por un momento, quedé suspendido en las turbias profundidades, viendo cómo la oscura silueta del submarino se desvanecía en la penumbra. A pesar de sus inconvenientes, que eran muchos, ese submarino era mi salvavidas para volver a las aguas controladas por Ucrania, suponiendo que sobreviviera lo suficiente como para necesitarlo.

El agua estaba más turbia de lo que esperaba. Pero eso no era malo. Era algo bueno. Bueno para ocultarse, terrible para navegar. Al final, la memoria muscular tomó el control y empecé a nadar, y la libertad era embriagadora. Después de doce horas de confinamiento claustrofóbico, poder estirar los brazos y las piernas fue como resucitar. Me moví por el agua con brazadas largas y deliberadas, estirando los músculos mientras me mantenía lo suficientemente profundo como para evitar ser detectado en la superficie. Un pez grande y colorido pasó nadando, ajeno a mi presencia, y luego desapareció en las turbias profundidades como un buen presagio.

Tenía dos tanques de aire. Noventa minutos de respiración en total. Pero necesitaba guardar un tanque para el viaje de regreso, suponiendo que lo hubiera. Eso me dejaba cuarenta y cinco minutos de tiempo bajo el agua antes de verme obligado a salir a la superficie, exponiéndome a la observación y a una posible detección.

Cuando finalmente salí a la superficie, lo primero que noté fue el silencio. No había sirenas antiaéreas, ni explosiones, ni charlas de radio crepitantes que dieran las coordenadas de la cuadrícula y los informes de víctimas. Solo el sonido rítmico de las olas contra las rocas y el grito lejano de las aves marinas. Era casi tranquilo, si se ignoraba el hecho de que ahora me encontraba en territorio enemigo, solo, llevando suficientes explosivos como para arrasar una manzana.

La estrecha playa al pie de los acantilados era exactamente como se describía en mi informe: una franja de arena oscura y guijarros apenas lo suficientemente ancha como para que un hombre pudiera estar de pie, encajada entre imponentes paredes rocosas y el mar inquieto. Perfecta para una reunión clandestina, terrible para cualquier otra cosa. Los acantilados se elevaban casi noventa grados desde la línea de costa, sin ofrecer ninguna vía de escape excepto volver al agua.

Mientras me subía a la costa rocosa, con el agua chorreando de mi traje de neopreno, no pude evitar pensar en el viaje que me había traído hasta allí. No solo en las decisiones tácticas y la planificación estratégica, sino en las corrientes más profundas que me habían llevado desde mi jubilación en los suburbios de Virginia hasta este remoto rincón de la Crimea ocupada ilegalmente.

Mis abuelos ucranianos habían huido de esta tierra a principios de siglo, expulsados por la opresión rusa y la promesa de libertad en Estados Unidos. Me habían criado para que recordara de dónde venía, para que comprendiera que la sangre de esta tierra corría por mis venas. Ahora su nieto regresaba, llevando explosivos, en lo que la mayoría de la gente normal llamaría un deseo de muerte.

Había una extraña simetría en ello. Casi parecía el destino. Es decir, si creías en esas cosas. Yo sí. Pero sentado en esa estrecha playa, mientras el sol comenzaba su descenso hacia el horizonte, casi podía oír la voz de mi abuelo:

«A veces, un hombre tiene que volver al lugar donde comenzó su historia para comprender cómo termina».

El contacto partisano no llegaría hasta dentro de varias horas. Tenía tiempo para pensar, planificar y prepararme mentalmente para lo que vendría después. Pero pensar demasiado es peligroso en este negocio. Pensar lleva a la duda, y la duda lleva al miedo. El miedo lleva a la vacilación, y la vacilación lleva a la muerte. Era mejor centrarse en los aspectos mecánicos de la misión: comprobación del equipo, planificación de la ruta, protocolos de contingencia.

El depósito de misiles estaba muy lejos, fuertemente custodiado y repleto de munición suficiente para arrasar la mitad de Ucrania si los rusos lograban

lanzarla toda. Los servicios de inteligencia sugerían que estaban almacenando municiones para una gran ofensiva con misiles, probablemente dirigida contra infraestructuras civiles críticas en Kiev y otras ciudades. Entrar sería difícil. Colocar las cargas sin ser detectado sería casi imposible. Salir con vida sería un milagro. ¿Por qué había venido aquí? ¿Por qué estaba a punto de hacer esto?

Pero mientras pensaba en estas cosas, revisé metódicamente mi equipo, un hábito que había perfeccionado tras años de experiencia. Los explosivos, los detonadores, los drones, las capas de invisibilidad, los equipos de comunicación, las armas de repuesto. Todo lo que necesitaba para la misión había llegado aquí sano y salvo. Volví a pensar en las palabras del médico y me concentré en ellas para evitar sucumbir al miedo:

«Diles que existimos. Diles que luchamos».

Si podía destruir ese depósito, si podía demostrar que ni siquiera el corazón del territorio ocupado por Rusia estaba a salvo de la determinación ucraniana, entonces su muerte tendría sentido. Quizás todo eso significaba algo. Los jóvenes oficiales que había visto volar en pedazos en Afganistán, los patriotas ucranianos que lo arriesgaron todo en Járkov y Bakhmut, los especialistas en guerra electrónica que se arriesgaban a sufrir metralla para defender su base, los innumerables otros que habían elegido luchar en lugar de rendirse. Todo eso significaba algo.

El sol se estaba poniendo, pintando los imponentes acantilados con tonos dorados y carmesí. La temperatura estaba bajando y podía sentir el frío penetrando en mi traje de neopreno a pesar de los esfuerzos de mi cuerpo por calentar el agua atrapada. Pronto llegaría el partisano con sus conocimientos locales, su equipo y, con suerte, una forma de acercarme al objetivo sin tener que atravesar todo el territorio enemigo.

Pero por ahora, en este momento entre la preparación y la acción, rodeado por los fantasmas de los marineros tártaros y las promesas susurradas de la generación de mis abuelos, me permití sentir algo que no había experimentado en meses.

Esperanza.

Capítulo 3: El fuego en nuestros ojos

La luz moribunda pintaba los acantilados con tonos ámbar y óxido. Llevaba tres horas esperando en esa estrecha franja de playa, viendo cómo el sol se rendía al horizonte mientras mis músculos liberaban poco a poco la tensión de doce horas encogido en ese ataúd metálico. El sonido de las olas contra las rocas proporcionaba un contrapunto rítmico a mis pensamientos, cada golpe y retroceso marcaba el tiempo en un lugar donde el tiempo parecía haber olvidado su propósito.

Mi equipo yacía dispuesto a mi alrededor en un orden meticuloso. Los hábitos de dos décadas en las Fuerzas Especiales son difíciles de perder, incluso después de la jubilación. Los explosivos guardados en estuches impermeables, el equipo de comunicación probado y comprobado, las armas de repuesto limpias y cargadas. Todo lo que necesitaba para completar esta misión o morir en el intento. La parte pragmática de mi mente prefería lo primero; la parte fatalista que me había mantenido con vida en Afganistán e Irak estaba preparada para lo segundo. Pero, francamente, creo que moriré cuando Dios lo quiera, independientemente de lo que haga. La clave es atravesar la puerta del cielo una vez que lo haga.

La costa de Crimea tiene una belleza austera que me recordó por qué mis abuelos hablaban de esta tierra con tanta nostalgia, incluso décadas después de su exilio. No se trataba de los suaves y ondulados paisajes de los suburbios de Virginia, donde había planeado pasar mis años dorados. Se trataba de una geografía agreste. Era una batalla eterna entre la piedra y el mar, sin que ninguno de los dos estuviera dispuesto a ceder completamente ante el otro. Este es el tipo de lugar que forja a personas duras. El tipo de personas que pudieron soportar las deportaciones de Stalin y la ocupación de Putin, y aún así encontraron la manera de luchar.

La voz de mi abuelo resonaba en mi memoria, palabras pronunciadas en un inglés entrecortado que nunca llegó a dominar del todo:

«La tierra... se te mete en la sangre como el hierro. Te hace fuerte o te mata. No hay término medio».

Tenía razón en eso. Sentado aquí, rodeado por los fantasmas de los pescadores tártaros y los presos políticos soviéticos, los patriotas ucranianos y los

ocupantes rusos, podía imaginar ese hierro calando en mis huesos. Esto ya no era solo otra misión. Era una especie de regreso a casa que nunca había esperado hacer.

Un repentino estruendo de piedras cayendo rompió mi ensimismamiento. Por encima de mí, a unos sesenta metros de altura en la escarpada pared del acantilado, una figura apareció contra el cielo oscurecido. Incluso con la tenue luz, pude distinguir la silueta de un hombre que descendía con facilidad, con su linterna frontal proyectando un estrecho haz de luz a través del crepúsculo. Equipo de rapel, movimientos metódicos, sin movimientos innecesarios. O se trataba de mi contacto, o estaba a punto de tener una conversación muy breve con las fuerzas especiales rusas.

Pero ningún ruso se acercaría tan abiertamente, razoné. Ya me habrían disparado en la cabeza con un francotirador o habrían pedido un ataque aéreo. Tenía que ser el partisano que el general Rutanov había prometido. No obstante, mantuve mi rifle al alcance de la mano. La paranoia es una herramienta en el botiquín del superviviente. Hace mucho tiempo aprendí que el precio de la confianza mal depositada se puede medir en sangre.

Su descenso duró casi veinte minutos. Quienquiera que fuera, conocía estos acantilados a la perfección, encontrando puntos de apoyo y anclaje con la confianza de quien lleva mucho tiempo familiarizado con ellos. A medida que se acercaba, el haz de luz de su linterna frontal barría ocasionalmente mi posición. Estaba oscuro, pero en cierto ángulo, cuando no me apuntaba directamente, la luz se reflejaba en el agua y volvía al hombre. Pude vislumbrar unos rasgos curtidos bajo una mata de pelo gris. Era más viejo de lo que esperaba, pero se movía con la fluida elegancia de alguien que aparentaba la mitad de su edad.

Cuando sus botas tocaron finalmente la playa rocosa, se detuvo al pie del acantilado y el resplandor de su linterna frontal me cegó momentáneamente. Levanté una mano para protegerme los ojos y él la apagó inmediatamente, sumiéndonos a ambos en el profundo crepúsculo azul. Un momento después, una linterna más suave en su cintura proyectó un cálido resplandor que nos permitió estudiarnos adecuadamente.

Tenía quizás setenta años, aunque eran los setenta de alguien que había pasado toda su vida realizando trabajos físicos, en lugar de disfrutar de una cómoda jubilación. Su rostro presentaba las profundas arrugas y la textura curtida de alguien que había pasado décadas bajo el sol de Crimea, pero sus ojos

denotaban una agudeza que delataba inteligencia y, lo que es más importante, competencia. Llevaba un práctico equipo de escalada sobre lo que parecía ropa tradicional tártara.

«¿Eres John Kovalenko?», preguntó.

En ese momento, su acento me sonó a ruso, pero desde entonces he aprendido a reconocer la cadencia distintiva de un tártaro de Crimea que habla ruso. Su voz era firme, controlada y tenía un tono de autoridad que sugería que este hombre estaba acostumbrado a que le obedecieran.

«Sí», confirmé, levantándome de mi posición sentada sobre las rocas.

Mis articulaciones protestaron brevemente. Estar sentado durante horas después de la terrible experiencia en el submarino no le había hecho ningún favor a mi cuerpo de mediana edad.

Sonrió, una expresión genuina que transformó sus rasgos curtidos, y sin desatarse de las cuerdas de escalada, extendió una mano callosa.

«¡Bienvenido a Qırım!». El nombre tártaro de Crimea salió de su boca con evidente orgullo. «Soy Mustafa. Mustafa Azmetov».

Su apretón era firme, el apretón de manos de un hombre que había construido cosas con sus manos y también las había roto. Quizás, algunas nucas rusas, habría apostado. Al mirarlo más de cerca a la luz de la linterna, pude ver los sutiles signos de un guerrero disfrazado de artesano.

«Zdravstvujte», respondí en ruso, optando por el saludo formal.

Las primeras impresiones son importantes, especialmente cuando tu vida depende de la competencia y la lealtad de personas que nunca has conocido.

«Zdravstvujte», repitió, pero su sonrisa sugería que apreciaba la cortesía, aunque la consideraba innecesaria.

«Veo que sabes mi nombre...», añadí, tratando de sonsacarle información sobre lo que sabía de la misión.

«Está en el informe de la misión», explicó Mustafa con naturalidad. «Es un honor tenerte luchando a nuestro lado. Tendremos mucho que discutir».

Sentí un gran alivio. No solo porque se había establecido el contacto, sino porque sus palabras transmitían un respeto genuino, más que mera cortesía. Según mi experiencia, los combatientes locales podían tener dos actitudes diferentes hacia los asesores extranjeros. Algunos los veían como salvadores, otros como intrusos entrometidos. Más tarde descubriría que Mustafa pertenecía a una

tercera categoría: una persona que juzgaba a los demás por su competencia y no por su pasaporte.

«Gracias, Mustafa», le dije, «he oído hablar mucho de tus éxitos aquí y es un honor conocerte».

Era una mentira piadosa, por supuesto. Mi informe contenía muy poca información sobre la resistencia local, más allá del hecho de que existía y había aceptado ayudar. Pero la diplomacia es tan importante como los explosivos en este negocio, quizá incluso más. El pequeño engaño surtió el efecto deseado. Sus ojos brillaron de orgullo al pensar que un militar profesional estadounidense no solo había oído hablar de sus operaciones, sino que estaba impresionado por ellas.

«Es de noche, John Kovalenko», dijo, señalando los imponentes acantilados que se alzaban sobre nosotros, «y el camino es difícil. Sin duda estás cansado y no habrá nadie vigilándonos aquí, ni ahora ni por la mañana. Nadie viene nunca a este lugar».

Hizo una pausa, estudiando mi rostro a la luz parpadeante de la linterna, y luego continuó. «A mitad de camino hay una cueva, excavada en la arenisca en la antigüedad. Algunos dicen que fueron las amazonas, una raza de mujeres guerreras, quienes excavaron estas cuevas. No sé si eso es cierto. Pero sí sé cómo llegar a una de ellas. Dudo que nadie más sepa siquiera que existe. Podemos comer y descansar allí. Por la mañana, podemos continuar nuestro viaje».

La sugerencia tenía sentido desde el punto de vista táctico. Estaba agotado, tanto física como mentalmente. Y lo que es más importante, escalar un acantilado desconocido en la oscuridad era precisamente el tipo de riesgo innecesario que convertía las misiones exitosas en historias con moraleja.

«Lidere el camino, Mustafa», respondí.

Había venido preparado. De su mochila sacó todo un equipo de escalada: cuerda extra, un arnés suplementario, pitones y un martillo, mosquetones e incluso una segunda linterna frontal. Todo estaba viejo y gastado, pero bien cuidado, el tipo de equipo que sugería competencia, atención al detalle y experiencia.

«Toma», dijo, ayudándome a ponerme el arnés con eficiencia y destreza, «probablemente no necesitarás la mayor parte. Sígueme de cerca, usa los mismos agarres. Pero tienes los pitones y el martillo si necesitas puntos de anclaje adicionales».

Mientras hablaba, recogió mi equipo de buceo y las bolsas de equipo, y lo metió todo en una mochila de lona más grande. Sus movimientos eran económicos y decididos. No había movimientos innecesarios, ni torpezas con un equipo desconocido. Al verlo trabajar, revisé mi valoración inicial al alza. Se trataba de alguien con auténtica experiencia táctica.

La escalada comenzó en serio cuando la oscuridad se apoderó de la costa. Mustafa subió por la pared del acantilado como si estuviera subiendo un tramo de escaleras. Yo lo seguí lo mejor que pude, con los músculos tensos por las exigencias desconocidas del movimiento vertical. La escalada nunca había sido mi especialidad. Estaba fuera de mi elemento, pero colgado de mis dedos sobre un precipicio de más de treinta metros que estaba claramente fuera de mi zona de confort.

«No mires hacia abajo», me dijo Mustafa en voz baja desde arriba. «Mira solo el siguiente agarre, el siguiente movimiento. La roca te dirá adónde ir si la escuchas».

Su consejo era acertado, pero mi cuerpo ya me estaba diciendo cosas que no quería oír. El viaje en submarino me había dejado rígido y débil, y veinte años de servicio militar seguidos de una cómoda jubilación no me habían preparado para este tipo de desafío físico. Empezaba a tener calambres en los dedos y me ardían los hombros por el esfuerzo de soportar el peso de mi cuerpo más el equipo.

«¿Cuánto queda?», grité, tratando de que mi voz no delatara el esfuerzo.

«Ya no queda mucho», fue la respuesta. «Ahí... ¿ves esa cornisa?».

Miré hacia arriba y la vi: una ruptura horizontal en la pared del acantilado, de unos dos metros de ancho y lo suficientemente profunda como para poder estar de pie cómodamente. Y lo que era más importante, pude ver la oscura boca de una cueva que se abría justo a la izquierda de donde terminaba la cornisa. Mustafa ya estaba allí, desenganchándose de la cuerda para ayudarme a subir los últimos metros.

Cuando finalmente me subí a la cornisa, todos los músculos de mi cuerpo gritaban de dolor. Me quedé allí tumbado un momento, respirando con dificultad, mientras Mustafa instalaba con eficiencia un sistema de poleas para subir nuestro equipo. La boca de la cueva nos invitaba a entrar. Refugio, descanso y, con suerte, algo de comer.

«Bienvenido a mi hogar lejos de casa», dijo Mustafa con evidente afecto mientras entrábamos en la cueva.

El espacio era más grande de lo que esperaba, tal vez seis metros de profundidad y la mitad de ancho, con un techo lo suficientemente alto como para estar de pie. Más sorprendentes eran los signos evidentes de una larga ocupación: un fogón revestido de piedras cerca de la entrada, pilas ordenadas de leña en una esquina, incluso lo que parecía una chimenea rudimentaria tallada en la pared trasera. Alguien había dedicado mucho tiempo y esfuerzo a hacer habitable este lugar.

«¿Hiciste todo esto tú?», pregunté, pasando la mano por la pared lisa donde se había tallado la abertura de la chimenea.

«Mi padre y yo», respondió Mustafa, con un tono de orgullo en la voz. «Descubrí este lugar cuando era joven. Tenía, tal vez, diecinueve o veinte años. Mi padre quedó... impresionado. Pasamos muchos veranos mejorándolo, convirtiéndolo en un refugio adecuado. Un lugar donde un hombre pudiera pensar, planificar y prepararse para lo que viniera después».

Ya se movía con una eficiencia entrenada, encendiendo un fuego en el pozo revestido de piedra. La leña prendió rápidamente, llenando la cueva de sombras danzantes y del reconfortante olor a pino quemado. A medida que las llamas crecían, pude ver más detalles del espacio: zonas para dormir marcadas con piedras planas, nichos de almacenamiento excavados en las paredes, incluso lo que parecía un sistema de ventilación primitivo pero funcional que extraía el humo a través de la chimenea y traía aire fresco a través de las grietas del suelo de la cueva.

«Es un trabajo impresionante», dije, y lo decía en serio. «¿Cuánto tiempo llevas utilizando este lugar?».

«Cuarenta y seis años», respondió Mustafa sin dudar. «Más de la mitad de mi vida. Ha sido mi refugio, mi sala de planificación, mi armería cuando ha sido necesario».

De su mochila sacó lo que parecía una parrilla metálica, que colocó sobre el fuego con la naturalidad de quien lleva mucho tiempo practicándolo. A continuación, sacó bolsas selladas de carne sazónada, pan fresco envuelto en un paño y una botella de algo que parecía sospechosamente vino casero.

«Siéntate, por favor», dijo, señalando una gran piedra plana que, evidentemente, había sido colocada a modo de silla. «Descansa. Tenemos tiempo para hablar, para conocernos. Mañana comienza el verdadero trabajo».

Me senté en el asiento de piedra, agradecido por el calor del fuego y la oportunidad de relajarme por fin. La cueva me parecía segura, defendible y completamente oculta del mundo exterior. Como escondite, era casi perfecta.

—Háblame de tu pueblo, Mustafa —le dije mientras él se ocupaba de la carne que se estaba cocinando—. Me gustaría comprender su historia, sus luchas.

No respondió de inmediato, sino que se dedicó a ajustar la carne en la parrilla con mucha atención. El silencio se prolongó tanto que empecé a preguntarme si lo había ofendido de alguna manera. Finalmente, se volvió hacia mí, con el rostro curtido por el tiempo y serio a la luz del fuego.

«Hay tanto que contar que no hay nada que contar», dijo por fin.

«¿Qué quieres decir?».

Sacó dos porciones de carne de la parrilla y las colocó en platos de madera que había sacado de algún lugar de las profundidades de la cueva. El aroma era increíble: cordero especiado con hierbas que no pude identificar, pero que hablaban de tradiciones que se remontaban a siglos atrás.

«Come primero», dijo, sentándose con las piernas cruzadas en el suelo de la cueva con su propio plato. «La comida es sagrada. Las historias pueden esperar».

La carne estaba excepcional. Era tierna, estaba perfectamente sazónada y cocinada con la habilidad que solo se consigue tras toda una vida de práctica. No se trataba de raciones de campo ni de comida de supervivencia, sino de la cocina de alguien que entendía que una buena comida podía marcar la diferencia entre la desesperación y la esperanza, entre rendirse y seguir luchando.

«Esto está excelente», dije, y lo decía en serio.

«Es la receta de mi madre», respondió Mustafa. «Ella me enseñó que la comida es amor hecho tangible. Incluso en los peores momentos, incluso cuando no teníamos casi nada, se aseguraba de que comiéramos bien siempre que podíamos. "Un hombre que ha olvidado cómo disfrutar de una buena comida", solía decir, "ha olvidado cómo ser humano"».

«Una mujer inteligente», comenté, desde el fondo del corazón.

«La más inteligente», asintió él. «Sobrevivió a la deportación de Stalin, crió a seis hijos en Kazajistán sin apenas recursos y luego tuvo el valor de volver aquí cuando aún era peligroso ser tártaro en Crimea. Murió en 1998, pero a veces sigo oyendo su voz, sobre todo en lugares como este».

Hizo una pausa, mirando fijamente al fuego, y luego me miró con unos ojos que tenían una profundidad que yo apenas empezaba a comprender.

«Nuestra historia es larga, John Kovalenko. Durante siglos, nos enfrentamos a la opresión, a las deportaciones forzadas, a la amenaza constante de perder nuestra cultura, nuestra lengua, nuestra propia identidad. Los zares ya eran bastante malos, pero los soviéticos intentaron borrar nuestra existencia por completo: nos dispersaron por Asia Central, prohibieron nuestra lengua, destruyeron nuestras mezquitas y escuelas. Trajeron a rusos para que se quedaran con nuestras casas y nuestras granjas. Nos convirtieron en extraños en nuestra propia patria».

Bebió un trago de la botella y luego me la ofreció. El vino era fuerte, con una complejidad que delataba un cuidadoso envejecimiento.

«Pero sobrevivimos», continuó, «no todos, pero sí los suficientes. Y cuando tuvimos la oportunidad de volver, la aprovechamos, aunque sabíamos que no sería fácil. Aunque sabíamos que los rusos que habían ocupado nuestros lugares no nos recibirían con los brazos abiertos».

«He leído sobre la deportación de Stalin», dije, «en 1944, ¿no? Acusó a todo su pueblo de colaborar con los alemanes».

«El 18 de mayo de 1944», dijo Mustafa, con la voz adquiriendo la cadencia de alguien que recita un texto sagrado.

La amargura en su voz era antigua, pero no había disminuido, transmitida de generación en generación como una reliquia familiar que nadie quería, pero que todos conservaban.

«Mi abuelo tenía diecisiete años entonces», continuó. «Juró que algún día volvería, pero nunca lo hizo. Mi padre sí, sin embargo. Regresó en 1975 con mi madre y conmigo. Yo tenía veinte años. Compró una pequeña casa lejos de la ciudad donde podíamos pasar desapercibidos, practicar nuestras tradiciones en silencio y esperar tiempos mejores».

«¿Fueron mejores tiempos? ¿Después de la caída de la Unión Soviética?».

Mustafa se rió, pero no había humor en ello.

«Eran otros tiempos. No necesariamente mejores. La independencia significó caos, una oportunidad para algunos, un desastre para otros. Pensamos que tal vez, por fin, podríamos ser tártaros en Crimea sin miedo».

Volvió a llenar su copa y me ofreció más vino.

«Entonces llegó 2014. Los llamaban hombrecitos verdes. Tropas rusas sin insignias. Todo el mundo sabía quiénes eran. Luego hubo un referéndum falso. De repente, éramos ciudadanos rusos, lo quisiéramos o no».

«¿Cómo reaccionó su pueblo?».

«Muchos huyeron. Alrededor de 15 000, quizá 30 000 tártaros abandonaron Crimea en los dos primeros años tras la anexión. Los que se quedaron... bueno, aprendimos a mantener la cabeza gacha de nuevo. Se cerraron los canales de televisión tártaros, se cerraron los centros culturales, se registraron las mezquitas. Cualquiera que protestara desaparecía. Algunos regresaron con el tiempo, pero normalmente como hombres destrozados. Otros no regresaron en absoluto».

El fuego crepitaba en el silencio que siguió. Podía ver el dolor en sus rasgos curtidos, el peso de las injusticias acumuladas que habían marcado la experiencia de su pueblo durante generaciones.

«Pero tú no te fuiste», observé.

«¿A dónde iba a ir?», preguntó simplemente. «Esta es mi tierra, la tierra de mis antepasados. Los rusos simplemente la robaron. Pero la sangre de mi padre está en esta tierra, y la de su padre antes que él. Los rusos pueden ocuparla, reclamarla como tierra rusa, pero no pueden convertirla en rusa. Nunca».

«En algún momento, decidiste luchar...», comenté.

«Sí», respondió, «pero no en 2014. No había ninguna organización. Pero cuando comenzó la invasión rusa a gran escala de Ucrania continental, en 2022, supe que había llegado el momento. No solo para Ucrania, sino para nosotros. Es una oportunidad para expulsar finalmente a los ocupantes y recuperar lo que siempre ha sido nuestro. No me importa compartir esta tierra con los ucranianos. ¡Pero estoy harto de la escoria moscovita!».

«¿Entonces fue entonces cuando te uniste a la resistencia?».

«No solo me uní», corrigió, «sino que ayudé a formarla. Al principio éramos seis, todos tártaros, todos lo suficientemente mayores como para recordar las historias de deportación de nuestros padres y abuelos. Empezamos poco a poco. Recopilábamos información, ayudábamos a los agentes ucranianos, pasábamos mensajes. Pero a medida que la guerra avanzaba y quedaba claro que no iba a ser otra victoria rápida de Rusia, nos volvimos más ambiciosos».

Se levantó, estirando los músculos que se le habían entumecido por estar sentado, y se dirigió a un nicho de almacenamiento. Esta vez regresó con un mapa detallado de la península de Crimea, marcado con símbolos que reconocí como anotaciones tácticas.

«Conocemos esta tierra mejor que los rusos jamás la conocerán», dijo, extendiendo el mapa en el suelo de la cueva entre nosotros. «Cada carretera secundaria, cada camino oculto, cada cueva como esta. Los rusos controlan las ciudades, las principales autopistas, las bases militares. Pero el campo... ¡ahí es donde brillamos!».

Estudié el mapa, fijándome en los minuciosos detalles de sus marcas. Rutas de suministro, horarios de patrullas, posiciones defensivas. Era un trabajo de inteligencia de nivel profesional.

«¿Cuántos miembros tiene ahora su grupo?».

«Ahora tenemos miembros por toda Crimea», dijo con evidente orgullo. «Tártaros, ucranianos, incluso algunos rusos étnicos que saben distinguir el bien del mal y han elegido el bando correcto. Jóvenes y mayores, hombres y mujeres. Hemos saboteado convoyes de suministros, proporcionado información sobre objetivos para los ataques ucranianos, ayudado a escapar a prisioneros. Son pequeñas victorias, pero se van sumando».

«¿Y ahora?».

Sus ojos se encontraron con los míos a través de la luz parpadeante del fuego, y vi en ellos la misma determinación que había impulsado a sus antepasados a sobrevivir a la deportación, el exilio y décadas de opresión.

«Ahora dejamos de jugar a juegos insignificantes», dijo. «Ahora les mostramos a los rusos que ni siquiera el corazón de su territorio robado está a salvo. Esa ocupación tiene un precio, y vamos a hacer que lo paguen. ¡Con tu ayuda!».

El fuego ardía ahora con menos intensidad y las sombras se alargaban en la cueva. Sentía cómo el cansancio empezaba a apoderarse de mí. El viaje en submarino, la escalada, la intensidad emocional de la historia de Mustafa... Todo ello estaba pasando factura.

«Háblame de mañana», le dije.

«Mañana subiremos a la cima de la meseta. Mi coche está escondido allí. No es gran cosa, pero funciona. Y no llama mucho la atención. Conduciremos hacia el sur para reunirnos con los demás. Todos están ansiosos por conocerte, ansiosos por aprender lo que puedas enseñarles».

«¿Y sabes cuál es el objetivo?».

Su sonrisa era tan afilada como una navaja a la luz del fuego.

«La base aérea y, más concretamente, su depósito de misiles. Pero, como ya sabrás, está fuertemente custodiada y llena de bombas suficientes para arrasar la mitad de Ucrania si alguna vez logran lanzarlas todas. Se están preparando para un gran ataque en algún momento del próximo mes. Eso es lo que nos han dicho nuestros informantes dentro del ejército ruso. Una gran campaña de bombardeos. Pretenden concentrarse en objetivos civiles, infraestructuras, todo lo que necesitan para minar la moral ucraniana».

Asentí con la cabeza, comprendiendo la importancia estratégica. Destruir ese arsenal podría salvar miles de vidas ucranianas.

«No te voy a mentir», le dije, «entrar no será fácil. Y salir será mucho más difícil. ¿Estás dispuesto a correr ese riesgo?».

Se quedó callado durante un largo rato, mirando fijamente las brasas moribundas de nuestra hoguera. Cuando volvió a hablar, su voz transmitía el peso de generaciones.

«Mi abuelo murió en los campos de trabajo de Stalin. Mi padre pasó toda su vida soñando con una libertad que nunca llegó a ver. Tengo sesenta y ocho años, John Kovalenko. He vivido más que cualquiera de ellos, he visto más de lo que ellos jamás pudieron ver. Si muero luchando por la libertad de mi pueblo, por la tierra de mis antepasados... hay peores formas de terminar una historia».

La cueva se había quedado en silencio. El fuego se había reducido a brasas incandescentes que lo teñían todo de tonos rojizos y sombras. Afuera, podía oír el sonido lejano de las olas contra las rocas, el ritmo eterno del eterno mar Negro, que había sido testigo de decenas de miles de años de seres humanos en sus costas, pero que no se preocupaba en absoluto por sus luchas, esperanzas o sueños.

«Duerme un poco», dijo Mustafa finalmente, desenrollando colchonetas de su aparentemente interminable equipo. «Mañana comenzaremos el verdadero viaje».

Me acomodé en la cama, sorprendentemente cómoda, rodeada por las cálidas piedras de la antigua cueva. A medida que el fuego se apagaba y la oscuridad se instalaba pacíficamente a mi alrededor, mis pensamientos comenzaron a divagar. El mar Negro susurraba contra las rocas del exterior. Era el mismo sonido que sin duda había calmado las ansiedades de muchas guerreras amazonas antiguas, miles de años antes que yo. Con ese ritmo atemporal en mis oídos, me quedé dormida.



LA HISTORIA ACABA DE EMPEZAR...

Sobrevivió a los drones. Confió en un desconocido. Ahora se encuentra tras las líneas enemigas...

¡La verdadera misión empieza ahora! Has sentido el peso del deber ancestral y el fuego de la resistencia en la cueva de Mustafa. Has probado el miedo y la esperanza.

Pero lo que suceda a continuación lo cambiará todo.



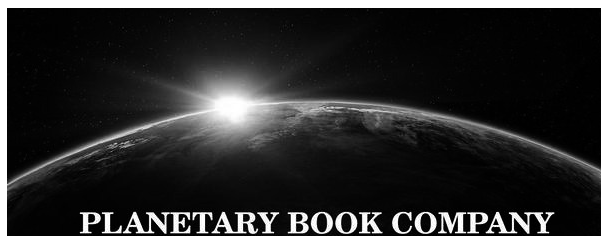
¿CUENTA ATRÁS HACIA LA CATÁSTROFE O LA VICTORIA?

- El asalto al depósito de misiles: un movimiento en falso y morirán miles de personas. No hay segundas oportunidades.
- Cuando los aliados se convierten en enemigos: territorio ocupado, donde la traición puede tener un rostro amable.
- Decisiones que persiguen para siempre: porque la guerra siempre tiene un precio.

¡COMPRA EL LIBRO!

★★★★★ ACOGIDA CRÍTICA «Empecé el libro una noche y me enganchó. No pude dejar de leer hasta que lo terminé...» — James A. Cox, editor jefe, Midwest Book Review..

**Comparte esta vista previa — las historias de valentía
merecen ser contadas!**



About the Publisher

◇ Planetary Books: ¡Acción y aventura para toda la vida!..

Planetary Books es una dinámica editorial independiente especializada en novelas de acción trepidante, aventura y ciencia ficción. Su catálogo incluye historias apasionantes que combinan thrillers militares, espionaje, apocalipsis de la IA y ciencia ficción teológica, perfectas para los fans de autores como Tom Clancy, Mark Greaney y Blake Crouch.

..◇ Títulos destacados:

..

* **UN DESTINO MUCHO MÁS DULCE:** Un soldado se une a la Legión Extranjera Ucraniana en una audaz misión de sabotaje contra las fuerzas rusas...

..

¡Próximamente se traducirá al español!

..

*The Bank: Un thriller legal que involucra robos de oro, sicarios del KGB y conspiraciones financieras globales.

..

*Singularity: The Awakening: Una IA inspirada en una novela de suspense comienza su búsqueda de la dominación mundial.

..

*Singularity: The Resistance & The Reckoning: Partes 2 y 3 de la trilogía Singularity, que continúan la historia de la batalla de la humanidad contra una IA con mente colmena que se fusionó con un antiguo mal, llevándola a su clímax, con profundidad cósmica y teológica.

..◇ Avances gratuitos: Hay disponibles ediciones de avance gratuitas para leer en la web y descargar de todos los libros, tanto en formato ePub como PDF, sin necesidad de registrarse.

..

◈ Temas y estilo: Tramas trepidantes; profundas cuestiones morales y filosóficas; narrativas impulsadas por la tecnología con intereses emocionales; ¡una mezcla de realismo y ficción especulativa!

..

Si te gustan las novelas de suspense que parecen una montaña rusa cinematográfica, ¡Planetary Books es tu editorial favorita!

Read more at <https://planetarybooks.com>.